

HAROLD BLOOM, LOS CULTURALISTAS Y LA CONDUCTA CIENTÍFICA

Espinoza León, Omacel Chiquinquirá*
Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda
Venezuela

Resumen

En el escrito que sigue se compara el programa de investigación literaria de Harold Bloom con el programa de investigación de los estudios culturales, caracterizando cada uno de ellos a partir de las definiciones de Lakatos (1989). Uno de los principales elementos diferenciadores de ambos programas radica en la teoría y los métodos que emplean: Bloom elabora sus definiciones o las toma de los críticos que considera sus maestros; mientras que en los estudios culturales se cuenta con un gran conjunto de teorías actuales que provienen de las ciencias sociales y que constantemente revisa una élite intelectual. En virtud de lo anterior y del estilo de sus textos, la crítica de Bloom es más personal y artística; mientras que el programa de investigación de los estudios culturales es más impersonal y presentado en el tenor de las ciencias sociales. Se concluye que, siendo la heurística positiva en ambos programas y mostrándose, asimismo, complementarios, lo ideal sería que los investigadores de la literatura, en lugar de limitar su perspectiva crítica/exegética optando por alguno de los programas, declarando la inutilidad del programa rival, consideren la posibilidad de aprovechar lo mejor de cada uno de los programas.

Palabras clave: Programa de investigación literaria, crítica literaria, Harold Bloom, estudios culturales.

Abstract

This paper compares two important research programs of literature: Harold Bloom's and Cultural Studies, describing everyone through the terminology proposed by Lakatos (1989). One of the main differences of these programs lie on their theoretical and methodological grounds: Bloom creates his own concepts or takes them from the canonical writers and/or critics. On the other hand, Cultural studies oriented critics use a large array of theories born in the field of social sciences. For this reason and looking at the style of their texts, the criticism produced by Harold Bloom seems to be more personal and even more artistic; while the research program of cultural studies pursues the impersonality of (social) science. As a conclusion, the following recommendation is offered: the student or critic of literature should consider the benefits of every program, taking advantage of the positive heuristics that every program has, instead of neglecting a fruitful approach to one of them out of ideological (dogmatic) reasons.

Key words: Literary research program, literary criticism, Harold Bloom, Cultural Studies.

*Profesor de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Investigador del Centro de Estudios Literarios y Lingüísticos Lydda Franco Farías. MSc en Literatura por la Universidad del Zulia (LUZ). Actualmente, cursante del Doctorado en Ciencias Humanas de LUZ. E-mail: omacel29@gmail.com

Finalizado: Maracaibo, Abril-2016/ **Revisado:** Junio-2016 / **Aceptado:** Junio-2016

1. Los programas de investigación

Para Lakatos (1989), la ciencia no debe concebirse como el conocimiento que genera, en un momento dado, uno o más estudiosos al descubrir una idea o realizar un experimento crucial que revoluciona el saber sobre determinado objeto de estudio. De ser así, siguiendo a Lakatos, se obviaría que tales revoluciones y experimentos cruciales de la ciencia forman parte de un complejo sustrato epistemológico que venía gestándose a partir de hipótesis novedosas que fueron consolidando, poco a poco, el núcleo central de los saberes de una comunidad científica. Esto no ocurre de un momento a otro: es una marcha gradual que, al avanzar, genera cambios, cuando asoman dudas sobre algunas teorías aceptadas por la élite científica. Esta élite responde con hipótesis auxiliares que expliquen las anomalías o excepciones, mientras que no encuentren razones lo suficientemente poderosas para desistir de las teorías que componen el núcleo central de su ciencia (digámoslo de una vez, de su programa de investigación). Pero cuando estas razones aparecen y la élite del programa de investigación comprende que debe renunciar a las teorías centrales de su programa, quienes emprenden la creación de la nueva ciencia, su renovación, asisten al nacimiento de un nuevo programa de investigación, que en medio de su saber incluye el sustrato teórico-metodológico del programa del cual se separó.

La sustitución de un programa por otro, o su convivencia en términos de incómoda vecindad, son los caminos que sigue la evolución de un programa de investigación. Ello puede ocurrir a la par (o como consecuencia) de cambios importantes en la sintaxis de los postulados del que se considera programa de investigación en retroceso, o porque surgen nuevos modos de comprender los fenómenos relacionados con el programa en cuestión. Es decir, no se trata sólo de la sustitución de una teoría por otra, de un invento o una idea revolucionaria por otra, dependiente de un destello psicológico genial

por otro, sino de un cambio de racionalidad, de una nueva lógica científica que modifica o refuta el programa en crisis, pues, como Lakatos afirma: “La crisis arrastra tras de sí no sólo las viejas teorías sino también los criterios que hacían que las respetáramos. El nuevo paradigma trae consigo una racionalidad completamente nueva.”¹ (1989, p. 120)

Con esta idea, Lakatos refuta la presunción de Kuhn sobre las revoluciones científicas en términos puramente psicológicos e irracionales. Igualmente, se aprecia que, aunque Lakatos usa el término *paradigma* de Thomas Kuhn, lo hace para mostrar su oposición directa a él, pues pocas líneas más arriba ha dejado claro que: “Donde Kuhn ve ‘paradigmas’ yo veo también ‘programas de investigación’ racionales”. (Idem, p. 119). Para llevar un poco más lejos el paralelo de Lakatos, se propone que un paradigma científico que se genera y se transforma gracias a una racionalidad que parecen repetir en sus rasgos generales las comunidades científicas, formando especies de patrones de desarrollo de los procesos epistemológicos, tal sería una paráfrasis kuhniana (muy a pesar de Kuhn) del concepto de *programa de investigación*.

Por otro lado, aún falta profundizar un poco sobre el proceso de retroceso de los programas de investigación, pues si bien es cierto que su racionalidad entra en descrédito, que sus teorías no son aceptadas, importa comprender a qué se debe todo ello.

Principalmente, un programa se encuentra en retroceso en términos heurísticos porque no genera nuevas preguntas o acaso ofrece el mismo tipo de respuestas a problemas muy distintos, como ocurrió con el marxismo y el psicoanálisis (que degeneraron en fundamentalismos en el plano literario a partir

¹ Esta racionalidad nueva no contradice la asimilación de los elementos del programa paralelo o abandonado por parte del programa rival, pues la racionalidad, como categoría metafísica que da coherencia al paradigma, es una causalidad lógica (superestructural, como dirían los marxistas) que estructura y orienta el programa de investigación.

de la crítica literaria marxista y psicoanalítica, lo mismo que en la economía, sociología, teorías educativas, e incluso evolucionistas). A diferencia de los programas de investigación con heurística positiva, florecientes, los programas de heurística negativa pueden continuar, arrastrando el descrédito, como museos polvorientos hasta que un día son abandonados. Pero también puede ocurrir que sean reimpulsados antes de ser abandonados del todo, o incluso ser “resucitados” luego de que nadie pareciera haberse interesado, por mucho tiempo, en ello.

En los sinuosos caminos de la evolución de los programas de investigación, las teorías que emergen pueden refutar de plano las anteriores, demostrando su falsedad; pero también pueden mostrar caminos alternos para llegar a resultados idénticos o, al menos, válidos. Lo que lleva a pensar que las nuevas teorías no confinan, necesariamente, a las teorías rivales ante las que reaccionan. Lo mismo ocurre con las metodologías, las formas de indagar y de operacionalizar los elementos que componen una rama de la ciencia, es decir, los elementos instrumentales del programa de investigación (los cuales siempre están permeados por las teorías).

En este sentido, los programas rivales, muestren o no un retroceso heurístico, no deben considerarse como tabúes o cementerios. Esto parece guardar relación con la psicología humana, y, en último, con el mundo de los afectos (el orgullo disfrazado de razón). Ocurre con frecuencia, que cuesta reconocer que algunos de los elementos o *criterios* (cf. Lakatos, op., cit.) de los programas rivales pueden ser de mucha utilidad para los investigadores.

Recapitulando y precisando una definición menos kuhniana, puede admitirse que un programa de investigación es un continuo epistemológico (análogo al *paradigma científico* de Kuhn) con fronteras flexibles, compuesto por un *núcleo central* de teorías, rodeado por un *cinturón protector* que, mediante hipótesis auxiliares, enfrenta las

anomalías que han de aparecer (a las cuales habrá que buscarle algún acomodo en el programa de investigación, pues, como se ha dicho, no es fácil que los científicos renuncien a sus teorías). Por último, los programas de investigación tienen una *heurística*, o capacidad de generar nuevos métodos y respuestas a preguntas también novedosas. En este caso, se habla de una heurística positiva; en caso contrario, se trata de una heurística negativa, la cual hace que el programa caiga en retroceso.

Se da por supuesto que los científicos de los programas de investigación estén guiados por una *conducta científica* que los aleja del dogmatismo y del seudocientificismo². Dice Lakatos que: “Realmente, lo que caracteriza la conducta científica es un cierto escepticismo incluso hacia nuestras teorías más estimadas” (op., cit., p. 10).

Así pues, eso que a los científicos les cuesta tanto, abandonar sus teorías, en caso de ser necesario, luego de las respectivas luchas, es parte central de la labor del investigador, del científico.

2. Los dos rivales: Bloom y los culturalistas

2.1 Harold Bloom

Harold Bloom (Nueva York, 1930) es un crítico y teórico muy influyente en el ámbito de la literatura actual. Su programa de investigación gira en torno a la noción del *canon*, el cual propone Bloom como una autoridad que se atribuye el derecho de definir y establecer la selección que compone no su canon personal sino, nada menos, el canon occidental, título del libro homónimo en el que expuso las ideas centrales de su programa de investigación el año 1989.

Algunas palabras del propio Bloom (recogidas del inicio de *El canon occidental*)

²Sin duda, esta idea proviene de una influencia popperiana sobre Lakatos, en la cual resuena el eco del criterio de la *falsabilidad* (al que tanto se opuso Lakatos): si el científico no indica bajo qué condiciones estaría dispuesto a cambiar su posición, bajo qué criterios consideraría falsas sus teorías, su tarea no es científica sino seudocientífica.

permitirán detallar varios elementos de su programa de investigación:

El “valor estético” se considera a veces más una idea de Emmanuel Kant que una realidad, pero a lo largo de toda una vida de lectura no ha sido esta mi experiencia. Las cosas, sin embargo, se han desmoronado, el centro no se ha mantenido, y cuando uno se ve en medio de lo que solía llamarse “el mundo erudito” sólo encuentra pura anarquía. Poco me interesa remedar las guerras culturales. Lo que deseo aquí es [...] justificar mi elección de los veintiséis entre los numerosos centenares que forman parte de lo que en tiempos se consideró el canon occidental. (2001 [1989], p. 11).

En primer lugar, se aprecia que lo que mueve a Bloom a establecer el canon occidental, tal como él lo plantea (a reconocerlo, y no a inventarlo) es una reivindicación del valor estético como el valor supremo de las obras literarias. Más adelante, Bloom aclara que el valor estético lo otorgan elementos como la *originalidad* o extrañeza, en lucha con los autores de la tradición, así como la *fuerza cognitiva* o sabiduría que emana de las formas, del estilo de las obras; siendo el tercer aspecto que interviene en la canonización de las obras, la *legitimidad* que otorgan autores importantes de la tradición literaria.

En la lucha que emprenden los autores del canon con los autores de la tradición, es inevitable que se erija una élite de autores imprescindibles. Tales autores, dice Bloom, no son grandes por ser democráticos ni populares ni por representar las luchas de clases o ideologías, sino porque han trinufado a la triple prueba que Bloom recomienda aplicar a lo que se lee (permítase la reiteración de la idea): esplendor estético, fuerza intelectual y sabiduría (cfr. Bloom, 2005. p. 13), amén de la aprobación de grandes críticos y autores de la tradición.

Bloom erige su canon contra “la moda” de los estudiosos de la que el llama la Escuela del Resentimiento, aludiendo a los

académicos que critican la literatura en virtud de lo que ésta refleja como documento social, ideológico, cuyo valor depende de cómo representa el texto literario la homosexualidad, el machismo, las relaciones de esclavitud, la xenofobia o el neocolonialismo, por ejemplo. Estudiar la literatura de tal forma es a lo que alude en la cita anterior cuando habla de “perder el centro”, porque desde tal perspectiva es pertinente estudiar obras que acaso no estén muy bien logradas estéticamente; pero que tienen gran contenido ideológico y que pueden satisfacer el gusto popular, contingente y pasajero. Para evitar este despilfarro de tiempo, energía.. ¡y de vida!, dice Bloom:

Si fuésemos literalmente inmortales, o nuestra vida duplicara su duración hasta alcanzar los ciento cuarenta años, podríamos abandonar toda discusión acerca de los cánones. Pero sólo poseemos un intervalo, y a continuación dejamos de ocupar nuestro lugar en el mundo; y no me parece que la responsabilidad del crítico literario sea llenar ese intervalo con malos textos en nombre de cualquier justicia social. (2000, p. 42)

2.1.1 Bloom y la ciencia

Una de las cualidades de la escritura de Bloom es que le gusta crear sus propios sistemas teóricos a partir sus autores-maestros y de sus propias intuiciones. A diferencia de lo que hace la mayoría de los estudiosos de la literatura, Bloom no está a la busca de categorías que han sido definidas por otros teóricos para encontrarlas en los poemas, cuentos, novelas u obras de teatro. A Bloom le interesa usar términos cada vez más familiares y que no suenen a teoría pedante, valiéndose de metáforas o comparaciones sencillas o incluso nominalizaciones que aluden a la sabiduría, lo humano, las grandes ideas y acontecimientos, el amor, etc. Al ser sus principales influencias otros críticos de siglos pasados, (lo que no le impide dialogar con un pequeño número de críticos contemporáneos), Bloom toma de ellos las formas de indagación estética, las valoraciones de aquéllos sobre las obras, y a partir de ellas inicia su discusión

sobre los libros que critica. Así, ante una ironía brillante o una sugerencia sutil que tenga que ver con temas trascendentales (con esas grandes y pocas preguntas que tanto inquietan a la humanidad: sobre el amor, la divinidad, el paso del tiempo, la traición y la muerte, por ejemplo) se detendrá la lupa del crítico norteamericano, hará un planteamiento teórico breve para definir el tema del que trata y seguidamente explicará cómo determinado recurso literario o procedimiento textual (ironía o sugerencia, siguiendo ejemplo) representa tal tema. Todo con un lenguaje personal, haciendo un esfuerzo por alcanzar una expresión dignamente estética, porque, dice Bloom: “la crítica literaria, tal como yo pretendo practicarla, es en primer lugar *literaria*, es decir, personal y apasionada. [...] una meditación sobre la vida” (2011, p. 18), que emana potentemente de la literatura.

El lenguaje literario y la tendencia a definir y explicar lo que le llama la atención en la obra literaria, sin depender de marcos teóricos como los que son imprescindibles en las monografías o artículos, por no hablar de los trabajos de tesis, son los que según algunos académicos alejan a Harold Bloom de la verdadera crítica literaria, confinándolo al ensayo o al comentario.

Esta discriminación es injusta, no porque el ensayo sea un género menor e indigno, ni porque sea necesario que Bloom actúe como la mayoría de los científicos en los proyectos de investigación de las universidades para que sus investigaciones sean legítimas, sino porque desde el ensayo también puede ejercerse la crítica, entendida como diálogo con la obra literaria, del que se derivan significados o sentidos no evidentes, explicaciones que esclarecen vínculos entre lo que el texto dice (o sugiere) y la existencia humana.

Sin duda, el camino que sigue Bloom es arriesgado; pero está respaldado por la autoridad que él sabe que tiene. En las universidades, tales prácticas son muy mal vistas, independientemente del talento de

quien las ejerza, ya sea por vulgar dogmatismo o porque se presupone que esta forma de estudiar la literatura está destinada al fracaso, y sería mejor guiar al estudiante/investigador por los caminos (definiciones, métodos) seguros, más “científicos”.

La heurística del programa de investigación de Harold Bloom ha sido abonada, por ejemplo, por autores de la talla de Italo Calvino (*¿Por qué leer a los clásicos?*), George Steiner (*Lecciones de los maestros*) y los críticos literarios que creen en la alta cultura, es decir, aquella que no se da espontáneamente, que supone el cultivo o estudio de lo más valioso, y que termina confundiendo (según los miembros del programa rival) con la llamada cultura burguesa. Pero, sólo hablando de Harold Bloom, la veintena de libros que ha publicado en torno al canon y la crítica de autores y movimientos literarios que considera dignos de mantener vivos, todo esto habla de la salud del programa. Aunado a ello está el hecho de que Bloom es una referencia obligada de la teoría contemporánea, ya sea por parte de sus afectos o sus detractores.

Otro de los aspectos a favor del programa de Bloom es que también se aproxima al problema social, a la ventana del mundo real y la ideología. Los ubica con respecto al conjunto de elementos que viven en la obra, ejemplifica lo cual se aprecia cuando habla del *El hombre invisible* que:

(...) es de una textura tan rica e intrincada como las de *Moby Dick* y *Mientras agonizo*, y se aconseja al lector o a la lectora abordarlo lenta y sostenidamente, leyendo en voz alta (para sí mismo y para otros) los momentos de prosa más densa. Las recompensas son cuantiosas. La novela trasciende la política y las ideologías, pero nunca elude la obligación de profetizar la destrucción de los Estados Unidos de América, la nueva Nínive, a menos que se aparte ahora mismo del odio que es la consecuencia última de la esclavitud afroamericana. Dado que la función simbólica es tan dominante, el lector corre el riesgo de pasar por alto la personalidad y el

carácter del *Hombre Invisible*. Sería una gran pérdida. (Bloom, 2000, p. 142)

He allí la ideología aludida, involucrada, pero no es el centro de atención, es un elemento más de los textos, legítimo, pero no es causa de excesiva atención y no requiere más importancia que la construcción del protagonista. La lectura morosa (no predispuesta a la crítica social) revelará, dice Bloom, en los pasajes en los que la prosa se vuelve más densa, el carácter de la obra. Es una lección de apreciación literaria que, a la vez, pone en su lugar la presencia de lo ideológico en las reflexiones del crítico y del lector.

A Bloom le parecía que su fe en la estética era una forma de conjura, “un intento de forjar un arma contra la tormenta de la ideología que se iba gestando, y que pronto barrería a muchos de mis alumnos.” (2011, p. 19)

Debe reiterarse que no se trata de que Bloom sea insensible a las preocupaciones sociales. En el mismo libro que se acaba de citar, más arriba dice:

Da miedo releer hoy en día el último volumen de Gibbon [autor inglés del siglo XVIII que escribió en seis tomos la *Historia del descenso y caída del Imperio Romano*], pues el destino del Imperio Romano parece un bosquejo que la presidencia imperial de George W. Bush ha seguido y continúa todavía. (op., cit. p. 19)

Las miserias del presente, preferiblemente han de ser cotejadas con la historia. Al crítico que Bloom delinea y represente le interesan las miserias, y también los resplandores, eternos, puesto que, finalmente, las obras de arte trascienden “las trusas de nuestra cultura” (op., cit., p.11).

Por otro lado, uno de los problemas que enfrenta el programa de investigación de Mr. Bloom es su dogmatismo, manifiesto en jerarquizaciones muy discutibles que terminan restando confiabilidad al mismo. Ante la valoración de Shakespeare como

el autor máximo de la literatura occidental, por ejemplo, frente a Cervantes, que gracias a *Don Quijote* lo sigue muy de cerca, un hispanohablante puede sospechar que, tras esa valoración, Bloom esconde una actitud chauvinista. Argumentos como la profundización en el yo de los personajes del dramaturgo inglés, especialmente en Hamlet, como algo primordial con respecto a la quijotesca relación de amistad con su escudero (la cual le parece a Bloom que está incompleta sin una indagación profunda, “shakespeareana”, del yo), pueden ser refutados considerando como egoísmo la actitud de Hamlet, y con ello podría perder nobleza e importancia la elaboración Shakespeare ante la espiritualidad que manifiestan el caballero de la triste figura y su escudero.

Otra forma de dogmatismo irrumpe en los textos Bloom cuando mezcla la que él llama la sabiduría sapiencial de los libros sagrados (¡solamente los hebreos!) con la literatura (que llamaremos laica), de modo que encuentra igualmente analizables, y dentro de ese canon que ha ido ampliando desde 1989, a Melville, Platón y a Shakespeare junto a *Job* y el *Eclesiastés*. Bloom no intenta convencer a todo el mundo de convertirse al judaísmo y, a lo sumo, puede acusársele de poselitista o propagandista. Se trata, en este caso, de un peligro, no de una actitud frontalmente ortodoxa; de hecho, quien decida saltarse las páginas de sus textos ligadas a la exhibición de la grandeza de la religión hebrea, no perderá nada sustancial de la obra de Bloom.

Finalmente, las jerarquizaciones son inevitables en cualquier canon: siempre cabrá la duda sobre el valor de las obras; incluso, es muy razonable el argumento de los culturalistas según el cual los motivos últimos de la institucionalización o canonización de ciertas obras, por encima de otras, obedece a relaciones de poder.

2.2. Los culturalistas

Este programa es muy amplio y aquí sólo se dirá lo necesario como para mostrar su oposición al programa de Harold Bloom. Algunos nombres que se pueden mencionar en la lista de los teóricos que han dado forma a los estudios culturales son Raymond Williams, Michel Foucault, Edward Said, Julia Kristeva, Pierre Bourdieu, Theodor Adorno y Walter Benjamin (este último fue, en realidad, un precursor).

Partiendo de la idea de que la tradición es un fenómeno cultural y que “la construye una comunidad a través, por lo general, de sus intelectuales y políticos, es decir, sus instancias de poder” (Montaldo, 2001, p. 41), los culturalistas se distancian diametralmente de Bloom; que veía en la tradición el esfuerzo de autores que descollaban y que, si tenían mucho o poco que ver con el poder político o ideología, ello era irrelevante.

A los culturalistas les interesan los productos de la cultura *per se*, porque en ellos viven las muestras, las marcas de la interacción social y de las luchas que dan relevancia al arte y, más aún, al discurso sobre el arte.

Como es fácil imaginar, las posibilidades de estudiar cualquier obra literaria desde la perspectiva histórica, sociológica, o de los estudios de género (todos englobados bajo el rótulo de estudios culturales) son infinitas, por un lado por el *corpus* abierto que compone los potenciales objetos de estudio, en oposición al canon, y por otro lado, porque las variables culturales que se pueden involucrar con esas obras son también infinitas, y pueden ir desde el *bullying*, el homoerotismo o la denuncia de la violencia social hasta las referencias a los vestidos de las revistas de moda de una determinada época.

Estos temas pueden revelar ideas muy interesantes sobre las concepciones del autor del texto literario sobre su contexto o sobre diversos temas de actualidad del mundo extraliterario.

Es claro que las corrientes ideológicas permean los discursos, y el (discurso) literario no tiene que ser una excepción. Además, hay obras o productos que pertenecen al corpus de la literatura popular que ofrecen gran interés por su ubicuidad, porque se hacen omnipresentes en la sociedad. Por ejemplo, el libro *Harry Potter: la magia de los textos* (2011), de la doctora Lourdes Sifontes, puede resultar interesante cuando ella aclara que el papel de la magia, como la usa Rowling, no es importante en el sentido de que lleva a la gente a creer en ella (la magia) como si de verdad existiera, sino en virtud de las implicaciones de su uso dentro de la serie *Harry Potter*, entre las cuales se encuentra una evocación a la Edad Media.

En esa época se mezclaban la ciencia y la religión como formas de acción de los brujos, y como excusa para la represión, lo que resulta efectivo, desde el punto de vista narrativo, toda vez que ello tiene sus paralelos con la vida que conocimos a finales del siglo XX y la que tenemos al frente a comienzos del XXI: Florecimiento de formas de espiritualidad no aceptadas por las instituciones del orden, recrudescimiento de la violencia y los medios represivos del Estado, con lo que se perpetúa la idea cara a los culturalistas, de que “nos debatimos entre poderes, valores y ambiciones, y siempre pueden generarse, persecuciones, fanatismos y exclusiones” (Sifontes, 2011, pp. 214-215).

Muy a pesar de Bloom, este ejemplo revela que mirar en detalle lo que un vistazo superficial ofrece como un mero juego inocente, siempre comporta un beneficio. En todo caso, se abre una línea de interpretación muy razonable y pertinente para dar sentido a los objetos culturales, en este caso, a las obras literarias que nos rodean, que forman parte de nuestro espacio vital, pertenezcan o no al canon³.

³ Considérese que, para muchas personas, es más relevante Harry Potter que Shakespeare. Por otro lado, puede ocurrir que el acercamiento a Harry Potter podría abrir la puerta hacia otros referentes culturales, incluidos los del canon.

Además de lo que hasta ahora se ha dicho, es posible apreciar que la heurística del programa de investigación culturalista goza de plena salud, pues tiene métodos avalados por la ciencias sociales (incluyendo las ciencias del discurso y añadiendo la semiótica cultural); también, gracias a que su objeto de estudio es inagotable y porque la dinámica de la sociedad no parece dispuesta a dar motivos para abandonar las relaciones de poder que justifican los estudios culturales. Sí debe cuidarse, este programa, de tener en cuenta las críticas que se le imputan: el peligro de reducir las obras únicamente a relaciones de poder, a documentos que invariablemente tratan de moralizar, mejorar la sociedad y denunciar. A quien interese dicha tarea, debería seguir su vocación dentro del sistema judicial, y olvidarse de trabajar con la literatura. Igualmente, el investigador que haga vida dentro de este programa debe evitar tomar los conceptos que han construido los teóricos del culturalismo para colocarlos como fáciles etiquetas descriptivas sobre las obras o productos culturales, sin atender a las cualidades específicas y matices de los mismos.

3. La confrontación: una página más de dogmatismo

Tanto Harold Bloom como los culturalistas muestran una actitud rayana en el dogmatismo contra sus rivales, como puede verse a continuación. Dice Bloom:

He regresado a la enseñanza después de pasar un año recuperándome de una enfermedad, y he reanudado mi práctica de aconsejar a mis posibles alumnos que voten con los pies (¡magnífica expresión americana!) si esperan hablar de política cultural en mis clases. Hay un largo camino desde Platón hasta nuestros lémures contemporáneos, pero *La República* inaugura su puritanismo. (2005, p. 43)

La cita es desenfadada y expresa, como nos aclara el traductor en sendas notas, el encono de Bloom contra sus posibles alumnos adversarios, a quienes invita a votar con los pies, es decir, a marcharse, si intentan hablarle

en plan culturalista, de lémures, retomando su propio símil de *El canon occidental* (los lémures siguen ciegamente lo que hacen otros, de modo que, explica el traductor, “cuando uno se lanza por el precipicio, todos le siguen” (Bloom, 2005, p. 43).

Hay muchas citas de este tipo en los escritos de Bloom, pero la anterior basta para ejemplificar el tono de la crítica, la conducta que Bloom representa de sí mismo como crítico y teórico consciente de su lugar en el mundo académico, como líder de un importante programa de investigación literaria.

Por su parte, los culturalistas tampoco están dispuestos a ceder terreno, como lo muestran las siguientes líneas de Montaldo, quien publicó un importante trabajo que compila el ideario de la teoría cultural (op., cit. p. 90):

En los últimos años, los críticos parecen aceptar el principio de no interferencia de la historia en la producción textual; la textualidad es la antítesis de la historia (que es producida pero por nadie). A esto Said opone la idea fuerte de que los textos también son HECHOS, que pertenecen al mundo y se mueven en él produciendo sentidos y [...] creando subjetividades, conductas, modelos, imágenes del mundo. De ahí que sea necesario reinsertar los textos en la realidad: allí estaría la verdadera práctica crítica.

Las palabras de Montaldo se inspiran en Said y aluden, mediante el *textualismo*, al tipo de crítica literaria que practica Harold Bloom, como antes la practicaron los formalistas, los estructuralistas y luego los críticos de la escuela de Chicago, todos ellos emparentados por su orientación inmanentista (aunque es importante puntualizar que el inmanentismo textual ha tenido sus matices, por ejemplo, con respecto al uso de los contextos literarios y la biografía de los autores, menos importantes para el resto de los inmanentistas aquí nombrados que para Bloom, quien sí cree que aportan elementos de juicio muy valiosos para la crítica).

Así, la verdadera crítica sería la que se realiza de cara a los eventos de la realidad cotidiana, la que reconoce la obra literaria como producto, testigo y testimonio de la historia. Esta elegante formulación de rechazo contra lo que Montaldo llama textualismo es una variante contemporánea de las críticas contra los literatos de los que se decía que habitaban en una torre de marfil, luego fueron los críticos *pas engagés*, los burgueses que no compartían (o abjuraron de) la crítica marxista.

4. Balance final: Conducta científica

Tanto el programa de investigación de Harold Bloom, como el de los estudios culturales, ofrecen conocimientos pertinentes sobre la literatura.

La crítica literaria se que practica según el programa de Bloom tiende a ser más tradicional, personal e intuitiva que la de su programa rival, y por esto depende de la subjetividad, aunque procura denodadamente la intersubjetividad. Es normal que un profesor busque demostraciones muy plausibles, pero en el caso de Bloom, éstas se construyen con mucha originalidad e inteligencia, con una terminología que aun cuando se nutre de lo mejor de la tradición crítica, se muestra (como dicen los lingüistas) muy cortésmente, mediante términos sencillos y familiares, que buscan la cercanía con el lector, acaso en un intento de revitalizar el humanismo desde uno de sus más caros instrumentos: el ensayo.

Lo que ofrece el programa de los estudios culturales no es humanismo; es una mirada social, heredera del marxismo y teorías que han reinventado, democratizado, la cultura, para extraer de ella significados relevantes para comprender la vida social y para reivindicar a los grupos que han sido oprimidos en la dinámica de la(s) sociedad(es). Sus instrumentos son: un marco teórico muy sólido, legitimado por una élite; y, a consecuencia de lo anterior, sus métodos no son sólo los de la hermenéutica tradicional, de modo que este programa

emplea los instrumentos metodológicos propios de las ciencias sociales. Otro elemento que constituye este programa es la interdisciplinariedad, que involucra el todo cultural. Por último, una cualidad importante: al ser su materia prima un *corpus* de dominio público (que no *pertenece* necesariamente a los iniciados) este programa ofrece la idea de que la pertinencia de sus hallazgos es masiva, y los medios de divulgación para los mismos (y los fondos destinados a tal fin) están más prestos a ponerse en marcha a su favor (considérese el caso de las autoridades municipales, siempre más dispuesta a apoyar un homenaje a un poeta o cantor local, por ejemplo, que a ofrecer una colaboración para montar una obra de teatro de Andrés Bello, Shakespeare o Sófocles).

Por todas estas razones, el conocimiento que emana del programa de investigación de los estudios culturales se parece más a la ciencia; mientras que el programa de investigación de Harold Bloom es un modo de crítica que tiene más de artístico que de científico. Esto no supone ninguna jerarquía: se trata de epistemes diversas: quien quiera disfrutar de un texto literario que hable sobre literatura y con un estilo que no escatime ironías, humor y, en fin, con la llamada voluntad de estilo, aunque a veces peque de ortodoxo en muchas ideas, seguramente escogerá a Bloom (y sentirá la tentación de leer algunos ensayos de Italo Calvino y George Steiner, que se afilian al programa de Bloom); mientras que quien busque un acercamiento más acorde con la academia actual, emanado de las fuentes de la tradición de los teóricos de la cultura y la ideología en la literatura, seguramente optará por Foucault, Raymond Williams, Bourdieu, Althusser, Kristeva, Said o algunos de los autores influidos por ellos.

La prosa de estos escritores es sugerente; su pensamiento, complejo, y las sorpresas que depara su lectura están circunscritas a la búsqueda de datos históricos que explican muy plausiblemente viejos misterios; así

como a asociaciones brillantes de datos e ideas que siguen la lógica de sus teorías.

De manera que si ambos programas ofrecen respuestas diferentes a preguntas que se formulan desde perspectivas diferentes, terminan siendo complementarios, sobre todo en el mundo literario y del arte en general, donde las verdades últimas son mal vistas. Ambos programas son coherentes y aun les queda mucho por decir.

El furor agonístico ha servido para impulsar la creatividad, en más de un momento de la lucha intelectual que mantienen los programas. Por ello, esta rivalidad ha sido tan saludable como el juego de pelea para los cachorros.

No es de creer que cumplan públicamente con el edicto de Lakatos sobre la *conducta científica*, caracterizada, como se dijo al inicio, por “un cierto escepticismo incluso con relación a nuestras teorías más estimadas” (1989, p. 10), puesto que si bien es cierto que Bloom no cuenta con una reserva teórica preestablecida para todo lo que dice de las obras, tampoco es cierto que es un improvisado, pues luego de cerca de cincuenta años en la docencia, muchas son las ideas que están profundamente arraigadas en él. Con más razón, un sistema teórico tan prolijo y discutido entre los pares de élites muy prestigiosas, como el de los culturalistas es menos propenso a ser abandonado.

A pesar de lo anterior, sí valdría la pena que un intelectual, un estudioso de la literatura, antes de militar ciegamente en alguno de estos programas reconociera y aprovechara las virtudes de cada uno.

Referencias bibliográficas:

Bloom, H. (2000) *Cómo leer y por qué*. Disponible en <http://www.fundacioncapitalismohumano.com/literatura/COMO%20LEER%20Y%20PORQUE%20-HAROLD%20BLOOM.pdf> Consultado en julio de 2015.

Bloom, H. (2001) *El canon occidental*. Editorial Anagrama. Barcelona, España.

Bloom, H. (2005) *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* Editorial Santillana, Bogotá.

Bloom, H. (2011) *Anatomía de la influencia*. Editorial Santillana, Madrid.

Lakatos, I. (1989) *La metodología de los programas de investigación*. Editorial Alianza. Madrid.

Montaldo, G. (2001) *Teoría crítica, teoría cultural*. Editorial Equinoccio de la USB. Maracay.

Sifontes, L. (2011) *Harry Potter: la magia de los textos*. Editorial Equinoccio de la USB. Maracay.